

EL ACUERDO ESTRATÉGICO TRANSPACÍFICO DE ASOCIACIÓN ECONÓMICA (TPP). UNA VISIÓN GLOBAL

Arturo OROPEZA GARCÍA*

Con mi mayor aprecio y respeto para el doctor Jorge Witker, maestro de múltiples generaciones del comercio internacional.

SUMARIO: I. *Introducción.* II. *¿Pacífico o Atlántico? He ahí el dilema.* III. *El TPP: ¿bisagra o confrontación entre China y Estados Unidos?* IV. *Bibliografía.*

I. INTRODUCCIÓN

A diferencia de esquemas anteriores, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el tratado de Libre Comercio entre Europa y México (TLCUEM), el Tratado de Libre Comercio de México con los países de América Central (2001), o de cualquier otro de los doce tratados que ha firmado México a partir de 1994, el Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica (TPP) se presenta como una propuesta totalmente diferente, en el sentido de que más allá de su contenido jurídico; su planteamiento, los posibles países firmantes, pero sobre todo la competencia global en la que se ve inmerso, lo alejan de experiencias comerciales anteriores y lo enfrentan a un reto histórico, que demanda múltiples análisis e interpretaciones que expliquen a los diversos actores interesados en el tema, de las consecuencias que conlleva una propuesta norteamericana, que dista mucho de ser tan sólo una invitación a participar en un tratado de Libre Comercio (TLC) junto con otras once naciones de Asia Pacífico y de América.

* Doctor en derecho e investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Ábitro no nacional por parte de Brasil dentro del Mecanismo de Solución de Controversias del Mercosur. Autor de diversas obras sobre derecho económico e integración económica.

Como una *matruska* rusa, la gestión norteamericana (Estados Unidos) para integrar TPP, conforme se va analizando, poco a poco va dejando atrás sus diferentes capas hasta arribar a un punto de confusión donde se pierden las verdaderas intenciones de Estados Unidos de colocar en el patio central de la República Popular China una estrategia de integración comercial en donde participen siete naciones asiáticas, sin que a la fecha se le haya corrido a China la invitación protocolaria correspondiente.

¿Estamos frente a una confrontación comercial entre China y Estados Unidos? ¿Son las primeras expresiones comerciales dentro de una zona comercial deshabilitada entre Asia y América? ¿Es la respuesta de Estados Unidos a la penetración China en América Latina? ¿Es la lucha de Occidente frente a Asia del este por preservar la hegemonía económica? ¿Es una confrontación de países o de civilizaciones? ¿Es la estrategia de Estados Unidos para destrabar a la Organización Mundial del Comercio (OMC), que quedó congelada desde la Ronda de Doha en 2001? ¿Es una nueva envestida de Estados Unidos para ampliar la protección de sus grupos económicos en materia farmacéutica y tecnologías de la información? ¿Es el término de una política pasiva respecto al heterodoxo dinamismo chino? o ¿es la renovación y ampliación del TLCAN ante la pasiva mirada de México? Éstas y muchas otras preguntas se derivan de la decisión que tomó Estados Unidos en 2010 de “expropiar” los modestos trabajos de cuatro países (Pacific Four), que en 2005 decidieron poblar la zona transpacífica mediante un Tratado de Libre Comercio, que sin muchas pretensiones inició sus trabajos en 2006 con la participación de Brunei (400 mil habs.), Chile (16.4 millones de habs.), Nueva Zelanda (4.3 millones habs.) y Singapur (5.3 millones habs.), con una integración total de 26.4 millones de personas y 664 mil millones de dólares en cuanto a su PIB económico (2012); o sea, menos de la cuarta parte de la población de México y el 50% aproximadamente de su producto interno bruto (PIB), que fue lo que llevó a Estados Unidos a apropiarse del Pacific Four y decidir encabezar sus operaciones a partir de 2010, desplazándose de su centro asiático ubicado desde 1989 en el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), y lanzar “la negociación comercial plurilateral más relevante y ambiciosa a nivel internacional” (Secretaría de Economía, 2012). Como lo apreciamos anteriormente, la respuesta de ningún modo es fácil, y muy probablemente no exista una sola respuesta, sino que en el marco de la gran transformación económica global que vivimos sean muchas las respuestas que respondan a esta intencionalidad norteamericana de preservar su poder económico y su hegemonía mundial en esta primera mitad del siglo XXI, frente a un liderazgo que hoy es amenazado muy de cerca por el “milagro chino”.

Por ello, el análisis del Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica no puede limitarse, por importante que parezca, tan sólo al estudio jurídico del contenido del Tratado, porque hacerlo así sería un acto de enorme irresponsabilidad dadas las relevantes implicaciones que guarda la propuesta en el marco del inicio de un siglo donde se disputa no sólo el liderazgo económico-político del mundo, sino su propia viabilidad.

Por lo anterior, este breve ensayo intentará abordar algunas líneas de acercamiento sobre el tema, desde un punto de vista geopolítico, con la idea de que esta aportación pueda sumarse a las diferentes opiniones que seguramente se estarán generando conforme se vaya formalizando el proceso de su integración a fines de 2013 o principios de 2014.

II. ¿PACÍFICO O ATLÁNTICO? HE AHÍ EL DILEMA

Se nos viene anunciando desde hace tiempo que nos encontramos dentro de una etapa de cambio económico-político que transita lenta, pero inexorablemente, de la Era del Atlántico a la Era del Pacífico, con todas las consecuencias que ello implica. No resulta entonces exagerado señalar que desde finales del siglo XX y el avance del siglo XXI asistimos a un cambio histórico donde todos los días se dirime no sólo la supremacía económica de diversos países occidentales frente a un sinnúmero de economías asiáticas, sino de manera más relevante, somos testigos de la competencia entre diversas civilizaciones que confrontan el papel de cuál será la civilización que liderará a la sociedad global del siglo XXI.

Hace poco tiempo todavía al mundo le quedaba claro que habitaba dentro de una sociedad global donde los últimos quinientos años había prevalecido una cultura y una civilización occidental, que durante cinco siglos se impuso progresivamente en lo militar, en lo económico y en lo político, al resto de los países y civilizaciones del mundo, al grado de que todavía en 1989 se creía que ante el fin de una historia de civilizaciones, el resto del mundo debía prepararse para homologar la cultura política (democracia) y económica (libre mercado) de la época, a fin de ser parte de una historia final que no tendría cambios. A veinticuatro años de esta propuesta, hoy ya nadie está seguro de si este siglo será de Estados Unidos o de China; de Occidente o de Asia del este, o de otra nueva propuesta que surja de la profunda dinámica que vive un mundo en permanente cambio.

Ver el constante fortalecimiento de Asia del este como un tema meramente económico, es dejar de escuchar la voz de los propios actores asiáticos, que señalan con claridad que lo que está en juego en esta competencia

no es sólo la supremacía económica, sino que nos cuentan con detalle que atrás de este dinamismo aparece toda una reivindicación histórica que busca recuperar un papel protagónico perdido en el tiempo; peor aún, arrebatado por Occidente, al cual se trata de acceder nuevamente a través del éxito económico-político del presente y la fuerza de su biografía. Al respecto, nos comenta Mahbubani:

Entre las nuevas mentes asiáticas privan la convicción y certeza genuinas de que el día del este de Asia ha llegado, aún si el área debe tropezar una o dos veces más antes de encumbrarse... Habiendo despertado ya, la inteligencia asiática no está dispuesta a dormir en el futuro próximo. La exitosa reanudación del desarrollo de las sociedades asiáticas dará origen a un nuevo discurso entre Oriente y Occidente.¹

Mahbubani es un académico respetado por la comunidad internacional; singapurense de origen hindú, y su discurso de reivindicación no nos habla de Singapur o de India, o de China; nos habla con toda claridad de la “inteligencia asiática”, de que “el día del este de Asia ha llegado”. Al tocar el tema del TPP, no tenemos más que creerle a este importante vocero asiático en cuanto a los términos de la intención de la zona; si alguna duda hubiera sobre esta visión, abunda Mahbubani:

El siglo XXI atestiguará el enfrentamiento entre el “ímpetu del Atlántico” y el “ímpetu del Pacífico”. El primero ha determinado el curso de la historia mundial en las últimas centurias. Si mis suposiciones son correctas y el ímpetu del Pacífico desplaza al del Atlántico, los analistas estratégicos eurocéntricos tendrán que replantear sus conceptos y respuestas para comprender el flujo futuro de la historia.

El siglo XXI se distinguirá por el hecho de que el este de Asia se alzará como centro mundial de poder, junto con Europa (la cual lo ha sido desde hace varias centurias) y América del Norte (desde el siglo XX). Europa fijó hace siglos el curso de la historia: colonizó la mayor parte del mundo, suplantó a otros imperios y sociedades (como China, Japón y el mundo islámico) y, mediante la inmigración, ocupó espacios relativamente vacíos (América del Norte y Australia). Las dos guerras mundiales del siglo XX, e incluso la guerra fría que las sucedió, fueron en esencia pugnas paneuropeas. El este de Asia ha ejercido, en cambio, escaso impacto con el resto del mundo.

Sería riesgoso tanto para Europa como para la humanidad entera que los analistas fueran incapaces de liberarse de concepciones eurocéntricas del mundo. Al igual que las demás partes del orbe que gozaron de esplendor en

¹ Mahbubani Kishore, *¿Pueden pensar los asiáticos?*, México, Siglo XXI, 2002, p. 18.

otras épocas, Europa esta exhausta. Ha llegado la hora de que otras regiones contribuyan tanto como ella al progreso mundial.²

Huntington, desde una visión occidental, describe secamente: “Las sociedades no occidentales, particularmente en el este de Asia, están desarrollando su riqueza económica y sentando las bases de un poderío militar y una influencia política mayores”.³ “La era que comenzó con las intrusiones occidentales en 1840 y 1850 está tocando a su fin, China está volviendo a asumir su lugar como potencia hegemónica regional, y Oriente está tomando posesión de lo suyo”.⁴

Tanto en Asia como en Occidente va creciendo la idea de un traspaso de civilizaciones que involucra, por un lado, el progresivo debilitamiento y desgaste de la civilización occidental, y por el otro, a contraflujo, un continuo robustecimiento económico y político de Asia del este. En este nuevo marco global, en Occidente se vive la duda y la zozobra de que esta tendencia se siga confirmando conforme avanza su problemática económica, se prolongue su falta de rumbo político y se profundice su desgaste social. En cuanto al este asiático, ya un buen número de las cinco civilizaciones que lo habitan (japonesa, rusa, china, india y musulmana) y de los dieciocho países que lo integran, ya festinan parte de un triunfo que aún no se consolida, pero que igual lo toman como la vuelta de un pasado brillante, del que señala Huntington “Los doscientos años de fugaz paréntesis occidental en la economía mundial habrán acabado”.⁵

¿En verdad asistimos a un traspaso histórico de civilizaciones y hegemonías de países entre Occidente y el este asiático? ¿Es relevante que lo sepamos? En términos políticos, económicos y comerciales ¿se genera un impacto hacia América Latina, y en nuestro caso, hacia México? Más allá de las posibles respuestas, nunca será útil y grato ser pieza de ajedrez y no saber en qué tablero estamos jugando.

Lo que resulta innegable a la luz del éxito económico y político alcanzado por Asia del este los últimos cincuenta años, y el correspondiente adelgazamiento padecido por la mayoría de los países occidentales en el mismo periodo, es que estamos frente a un cambio global de importantes consecuencias, que los diversos líderes y académicos asiáticos (Mahbubani, Mishra, Risa, Yan Fu, Tagore, etcétera) lo interpretan con resentimiento, como

² *Op. cit.*, p. 143.

³ Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 22.

⁴ *Ibidem*, p. 285.

⁵ *Ibidem*, p. 103.

el regreso de una etapa de oro que les fue quitada por el éxito occidental; por las fuerzas beligerantes de múltiples hegemones occidentales que desde el siglo XV se fueron apoderando poco a poco de la abundancia asiática. ¿Esto es así? ¿Hay una etapa dorada que recuperar? El pasado es una visión que pertenece a la esfera de la percepción de cada país; sin embargo, lo que sí es demostrable es que la India fue el líder económico del mundo moderno los primeros mil años de la nueva era, y que China le sustituyó en el liderazgo los siguientes 820 años, para cubrirse por los dos países una hegemonía económica asiática en el mundo por casi dos milenios; de ahí la idea del “fugaz paréntesis” occidental del que nos habla Huntington.

PIB MUNDIAL (MILES DE MILLONES DÓLARES)*

	1	1000	1500	1820	1850	1870	1913	1950	2008
India	33.8	33.8	60.5	111.4	125.7	134.9	204.2	222.2	3415
China	26.8	27.5	61.8	228.6	247.2	189.7	241.4	245.0	8908
Occidente	14.4	10.9	44.2	158.9	260.3	366.2	902.1	1396	8698
Estados Unidos	---	----	---	12.5	42.6	98.4	517.4	1455	9485

* El cálculo se realiza en dólares constantes de 1990.

FUENTE: Ontiveros/Guillén, *Una nueva época*, 2012.

El ocaso del occidentalismo clásico en Grecia y Roma y el desmoronamiento del imperio romano en el siglo V d. C. contrastan con el florecimiento de las civilizaciones india y china a partir del siglo I, las cuales dominaron el avance económico, cultural, científico y político de los primeros dieciocho siglos de nuestra era. A través de un desarrollo con múltiples encuentros y desencuentros, China, por medio de la sustentabilidad de sus dinastías, e India, con un éxito económico enmarcado en una lucha de hegemonías y religiones, a diferencia de los entonces diezmados y empobrecidos actores europeos, lograron encontrar espacios de desarrollo que las llevaron a liderar el progreso y la civilización de la humanidad de su época. Desde el primer siglo la población india, que entonces era la más grande (75 millones de personas), junto con la china (60 millones de personas), eran superiores en 110 millones de personas a la población europea, que en esa época llegaba a 25 millones de seres humanos. Desde siempre, el factor demográfico de Asia del este ha sido superior al europeo, y en el futuro lo será más, cuando en 2050 la población de Europa rondará apenas el 15% de la población mundial, frente al 55% aproximadamente de Asia del este. En materia económica, el comparativo es similar, ya que en el siglo I la econo-

mía de Europa apenas cubría aproximadamente una cuarta parte de la economía sino-india, porcentaje que disminuyó en la Edad Media a un 10%, para de ahí crecer en el Renacimiento a un 30%, y en 1820 a un 60%, para después rebasarlas hasta el día de hoy; aunque ante el dinamismo asiático, la mayoría de los pronósticos señalan que la economía china superará a la de Estados Unidos antes de 2020, y la de Asia del este a Occidente (Unión Europea y Estados Unidos) en el mismo año (FMI; Jeffrey Sachs, 2012; Ontiveros Guillén, 2012).

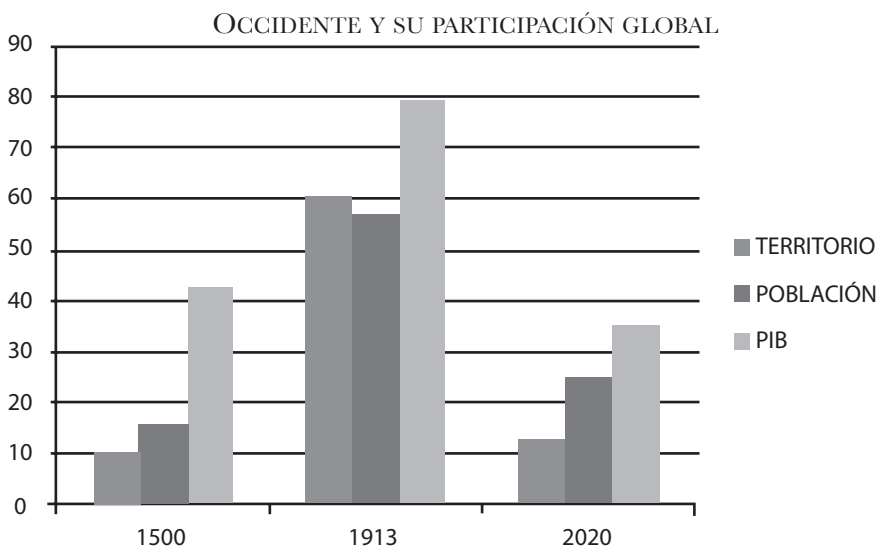
Asia del este cuenta con un gran pasado de éxitos económicos, políticos y sociales, que a partir de los siglos XV y XVI comenzaron a mostrar un cansancio progresivo frente a un robustecimiento preindustrial por parte de Europa, lo cual fue reestructurando poco a poco el equilibrio geopolítico de esa época. Cuenta Ferguson

Si en el año 1411 el lector hubiera podido dar la vuelta al mundo, probablemente se habría sentido impresionado por la calidad de vida de las civilizaciones orientales. La ciudad prohibida estaba en construcción en la Pekín Ming, al tiempo que habían iniciado las obras de reapertura y mejora del Gran Canal; en Oriente Próximo, los otomanos se acercaban a Constantinopla, que finalmente conquistarían en 1453. El imperio bizantino exhalaba su último aliento. La muerte del caudillo Tinur Lang (Tamerlán) en 1405 había eliminado la repetida amenaza de las crueles hordas invasoras de Asia Central, la antítesis de la civilización. Para el emperador chino Yon-Gle y el sultán otomano Murad II, el futuro era brillante.

...

En cambio, el lector se habría visto sorprendido por la Europa occidental de 1411, miserable y atrasada, que se recuperaba de los estragos de la peste negra —la cual habría reducido la población a la mitad en su recorrido hacia el este entre 1347 y 1351— y seguía aquejada por las malas condiciones sanitarias y una guerra aparentemente incesante. En Inglaterra ocupaba el trono el rey leproso Enrique IV, que había derrocado y asesinado al malhadado Ricardo II. Francia era presa de una guerra interna entre los seguidores del duque de Borgoña y los del asesinado duque de Orleans. La guerra de los cien años entre Inglaterra y Francia estaba a punto de reanudarse. A los otros reinos en conflicto de Europa occidental —Aragón, Castilla, Navarra, Portugal y Escocia— no parecía irles mucho mejor. En Granada todavía gobernaba un musulmán. El rey escocés, Jacobo I, estaba prisionero en Inglaterra tras haber sido capturado por piratas ingleses. Las zonas más prósperas de Europa eran, de hecho, las ciudades-estado del norte de Italia: Florencia, Génova, Pisa, Siena, y Venecia. En cuanto a la Norteamérica del siglo XV, no era más que un páramo anárquico en comparación con los reinos de los aztecas, los mayas y los incas en Centroamérica y Sudamérica, con sus altísimos templos y sus

elevadísimas carreteras. Al término de este recorrido mundial, la idea de que Occidente pudiera llegar a dominar al resto del mundo durante casi toda la mitad del siguiente milenio habría parecido extraordinariamente descabellada, Y sin embargo, eso fue lo que ocurrió.⁶



FUENTE: Ferguson Niall, 2012; Jeffrey Sachs, 2011; FMI.

De un precario control de la población mundial por parte de Occidente en 1500 del 16%, de la superficie terrestre del mundo de 10% y de la economía de su época de 44%; para 1913 la civilización occidental ya controlaba 60% de la superficie; casi el 60% de la población y el 80% de la economía del planeta. ¿Cómo se dio ese cambio histórico sin que Asia se opusiera? Las civilizaciones asiáticas, como las que les antecedieron, sólo cumplen inexorablemente la dialéctica de su ciclo conforme a sus propias circunstancias, que según Carrol Quigley comprende las etapas de concepción, gestación, expansión, época de conflicto, imperio universal, decadencia e invasión, y las culturas asiáticas (China e India), más allá de sus vaivenes políticos y militares durante quince siglos supieron mantener el hilo fino de su sustentabilidad civilizatoria, hasta que en 1499 Vasco de Gama llegara a la India a romper este ciclo virtuoso como parte de la nueva fuerza preindustrial, que le daba a Europa la oportunidad de incursionar militar y económicamente en los reinos asiáticos, los cuales, a la distancia, habían podido conservar su fortaleza. Al arribo del portugués, le siguieron en 1564 la conquista de Fili-

⁶ Ferguson, Niall, *Civilización: Occidente y el resto*, España, Debate, 2012, pp. 42 y 43.

pinas por parte de España; en 1601, la primera incursión inglesa a Sumatra, la cual sería el principio de una amplia etapa de conquista e intromisión tanto en India como en China; en 1602 se instala en la India la primera CIA Holandesa de las Indias Orientales; en 1628, en este redescubrimiento asiático, Rusia arriesga su primera invasión a China, y en 1688 los franceses instalan su primera fábrica en Surat, India. Filipinas, Camboya, Viet-Nam, India, China, Japón, etcétera; uno a uno, los diferentes países asiáticos y las anteriores poderosas civilizaciones de Asia del este fueron sucumbiendo de diversas maneras a la fuerza de un poder militar superior que, como todas las hegemonías, ya sean europeas, asiáticas, americanas, o de otro origen, cumplieron con su vocación de apropiación de plusvalías ajenas. La toma de la región de Asia del este por parte de Occidente no fue ni peor ni mejor que las conquistas históricas que les antecedieron en otras partes del mundo, o las que los propios países asiáticos perpetraron entre sí los últimos dos mil años. La caída de la India en manos de los ingleses, holandeses y franceses, no es diferente a la caída de los griegos a manos de los romanos. La invasión a China en el siglo XIX por ingleses, franceses, rusos, norteamericanos, japoneses, etcétera, también se asemeja al asedio sufrido por el imperio romano en su etapa de decadencia. En el caso de China, a partir de 1838 sufre su primera gran intromisión por parte de Occidente a través de la guerra del opio, orquestada por Inglaterra; y de 1842 a 1943 aparece el periodo que se ha llamado el “siglo de los tratados” (Gran Bretaña en 1842, Estados Unidos y Francia en 1844, Rusia en 1858, etcétera), durante el cual las potencias marítimas del momento obligaron a China a reconocerles diversos derechos de orden económico y comercial, que trastocaron el orden legal establecido y el concepto central del imperio, de ejercer su poder y plena soberanía hacia dentro de sus murallas, ya que con base en esta presión hegemónica y la firma de estos tratados, China tuvo que aceptar en primer lugar la igualdad de estos países (Gran Bretaña, Rusia, Francia, etcétera), lo cual golpeó severamente el principio de superioridad del emperador respecto a los demás gobernantes, impidiéndole su derecho a exigir tributo y obediencia.⁷

Estos hechos, que en su vertiente asiática forman parte del compendio de la historia de la humanidad, guardan un lugar especial en la imaginaria de los actores políticos asiáticos, los cuales, con base en las profundas raíces culturales de sus civilizaciones; la conquista y la pérdida de hegemonía de sus territorios sucedidos del siglo XV al XX por parte de Occidente, la

⁷ Oropeza García, Arturo, *México-China. Culturas y Sistemas Jurídicos Comparados*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2008, p. 481.

ven como una gran humillación. Por ello, en el marco de sus nuevos éxitos económicos, el debate que sostienen con Occidente no lo ubican únicamente en el plano de los PIBS o el comercio, sino como claramente señala Mahbubani, lo elevan a una confrontación donde el objetivo es reubicar a las civilizaciones y culturas asiáticas a un plano superior al occidental. Al respecto, comenta el historiador chino C. Y. Hsu: “Sin duda en 1860 la gran civilización que había sido China fue totalmente derrotada y humillada por Occidente”.⁸ Por su parte, Chris Patten, que fuera gobernador británico en Hong Kong, señala: “China es un pueblo con un sentido de su grandeza pasada, su humillación reciente, sus logros actuales y su supremacía futura”.⁹ Como puede apreciarse, en la mayoría de los discursos de reivindicación va incrustado un recuerdo de humillación histórica, como un motor de cambio; pero también como un objetivo central en su renacimiento del siglo XXI. Todo pueblo que se ve desplazado de su territorio o de sus intereses guarda diferentes agravios o sentimientos negativos respecto a su opresor; sin embargo, en el caso de Asia en general, las diferentes civilizaciones mantienen una postura sistémica que rebasa otros ejemplos históricos.

Los sentimientos y las acciones de reivindicación en Asia no son nuevos; nacen junto con su primer sometimiento; sin embargo, en su última etapa comenzaron a decantarse de manera significativa desde principios del siglo XX; en 1905, cuando la flota japonesa comandada por el almirante Togo Heihachiro derrotó en el estrecho de Tsushima a la fuerza naval rusa, lo cual representó para la zona un triunfo paradigmático de un país no europeo sobre una potencia que en ese momento se consideraba occidental por los países asiáticos. Este importante triunfo, que en ese entonces definía la suerte de Corea y de Manchuria, fue tomado por los diversos actores asiáticos como una reivindicación de Asia del este sobre Europa, como el principio del fin de la hegemonía occidental en la zona. Respecto de esta victoria, el entonces periodista Mahatma Gandhi señaló en su momento: “las raíces de la victoria japonesa se han esparcido de manera tan lejana y tan ancha, que ahora no podemos visualizar todos los frutos que dará en el futuro”.¹⁰ El entonces joven Atatürk, el reformador de Turquía, tomaría la victoria y el modelo japonés como una inspiración. También el joven Jawaharlal Nehru aceptaría después que la victoria japonesa le motivó sobre “la indepen-

⁸ Crespo Mac Lennan, Julio, *Imperios. Auge y declive de Europa en el mundo, 1492-2012*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, p. 194.

⁹ Ontiveros, Emilio y Guillén F. Mauro, *Una nueva época. Los grandes retos del siglo XXI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, p. 158.

¹⁰ Mishra, Pankaj, *From the Ruins of Empire: the intellectuals who remade Asia*, New York, Farrar, Straus and Giroux, 2012, p. 2.

dencia de India y la independencia de Asia del dominio europeo”.¹¹ Junto con los personajes asiáticos anteriores, otros actores relevantes, como Rabindranath Tagore (India), Abdurreshid Ibrahim (intelectual panislámico), Mustafá Kemal (Salónica, Grecia), Halide Edip (Turquía), etcétera, fueron parte de una generación que comenzó con mucho ímpetu la reivindicación de la civilización asiática desde diferentes perspectivas. Como señala Mishra, la victoria japonesa le dio a Asia la lección de que los hombres blancos, los conquistadores del mundo, no eran invencibles, lo cual provocó el surgimiento en la región de innumerables sentimientos de libertad. Esta misma visión, que ha prevalecido hasta la fecha, se dibuja con la declaración de Tokutomi Soho, que sobre la victoria japonesa declaró en su momento: “Nosotros hemos destruido el mito de inferioridad de las razas no blancas. Con nuestro poder estamos forzando nuestra aceptación como miembros de las grandes potencias mundiales”.¹² Como se desprende de lo anterior, un fuerte sentimiento de inferioridad y de humillación forma parte de las declaraciones de independencia y de reivindicación de los diferentes precursores asiáticos, el cual sigue presente hasta la fecha.

En contraste con este sentimiento transeconómico por parte de Asia del este, el cual permanece después de más de quinientos años de desplazamiento civilizatorio; de más de cuatrocientos años de invasiones constantes por parte de las diversas hegemonías occidentales, hasta las dos terceras partes del siglo XX; de doscientos años de la pérdida del liderazgo económico mundial por parte de China; de más de cuatrocientos años de diversos movimientos independentistas, y de cincuenta años de un éxito económico y político sustentable; la postura de Occidente aparece incierta, dubitativa, huérfana del rumbo que sostenga su cada vez más debilitado liderazgo económico. Esta comparación la muestra también como no recuperada respecto de una realidad asiática que no vio venir, que la despreció primero como un tema no prioritario, pasando del desprecio a la sorpresa de una nueva realidad económica, que no sólo la reta, sino que le ha venido a quitar la comodidad del mundo que habitaba en el que todo era previsible. De acuerdo con la teoría de las civilizaciones de Quigley, pareciera que Occidente se ha instalado en la “cómoda” etapa de su decadencia, pasando de actor a fedatario de la pérdida de su propia hegemonía. Al respecto, Glucksmann señala

La civilización es una apuesta. Doble. Contra el que la niega y amenaza con aniquilarla. Contra sí misma, muy a menudo cómplice o, aventurerista de su

¹¹ *Idem.*

¹² *Ibidem*, p. 3.

desaparición... Cuando en la ínfima intimidad de una conciencia, Occidente choca con Occidente, todo está en juego y nada lo ésta, el tañido fúnebre por el fin de la historia queda suspendido, el carillón de un nuevo comienzo contiene su aliento.¹³

Por su parte, Ferguson resalta: “La civilización occidental parece haber perdido la confianza en sí misma. Empezando por Stanford en 1963, toda una serie de grandes universidades han dejado de ofrecer el clásico curso de historia ‘de la civilización occidental’ a sus alumnos”;¹⁴ agrega de manera contundente: “Pienso que quizá fue solo entonces cuando realmente comprendí que era lo que definía a la primera década del siglo XXI... el hecho de que estamos viviendo el final de quinientos años de supremacía occidental”.¹⁵ De un modo o de otro, las diversas corrientes del pensamiento occidental, lejos de prevenir o fortalecer un hecho de futuro incierto, presos de un sentimiento que empieza a ser generalizado, se adelantan en marcar un desplazamiento de placas civilizatorias que al parecer juzgan inevitable, fortaleciendo con ello al pensamiento asiático, que ya festina su llegada.

En esta “competencia” del desarrollo y la hegemonía civilizatoria, en la que la parte asiática ha puesto sus metas para el siglo XXI, Occidente, además de reclamarse no haber escuchado las diversas voces napoleónicas que avisaban que cuando China despertara el mundo temblaría; en cuanto al debate interno de Occidente versus Occidente, no son pocos los autores europeos que hablan de la “complicidad” de los actores reales de poder de la zona, por haber sido piezas relevantes del milagro asiático. Con relación a este punto, Mandelbaum y Haber reclaman: “Un día algún sociólogo va a tener que analizar las razones por las cuales en Occidente —incluyendo a las elites de las democracias occidentales— hay tanta dificultad para ver y oír la realidad emergente. Al fin y al cabo, es posible que los occidentales ‘no quieran’ ver ni oír, y que cierren los ojos y hagan oídos sordos adrede”.¹⁶ A lo que Martin Hans-Peter y Harald Shumman agregan, respecto al traspaso tecnológico, industrial y financiero de Occidente a Asia del este: “Sólo ingenuos teóricos, o políticos cortos de vista creerán que se puede, como está ocurriendo actualmente en Europa, privar año tras año a millones de personas de trabajo y

¹³ Glucksmann, André, *Occidente contra Occidente*, México, Taurus, 2004, pp. 188 y 189.

¹⁴ Ferguson Niall, *op. cit.*, p. 59.

¹⁵ *Ibidem*, p. 19.

¹⁶ Mandelbaum, Jean y Haber, Daniel, *China, la trampa de la globalización*, España, Urbano Tendencias, 2005, p. 17.

seguridad social sin pagar en algún momento el precio político de ello. Es algo que no puede funcionar”.¹⁷

El éxito de Asia del este, en muchos sentidos se explica a través del debilitamiento de Occidente, dentro del cual destacan de manera relevante dos factores: la geométrica industrialización de Asia del este versus la desindustrialización occidental, y el pragmatismo económico asiático respecto a la “ortodoxia” neoliberal. En cuanto al primero, vale la pena recordar que a fines de la década de los setenta, llevada de la mano por el liderazgo de Deng Xiaoping, China inició una aventura, un “experimento”, en el que por primera vez en su historia se abrió a un mundo global en busca de un futuro económico, ante el fracaso de sus estrategias internas que la habían llevado a hambrunas (30 millones de muertos en 1960) y padecimientos extremos. Al mismo tiempo, el mundo “postindustrial” de Daniel Bell apareció en 1973 (*El advenimiento de la sociedad post industrial*), justo cinco años antes de que Deng Xiaoping le ofertara al mundo novecientos millones de obreros chinos, que ante su urgente necesidad de comida, vestido y techo, estaban dispuestos a trabajar por treinta centavos de dólar la hora, sin ningún tipo de prestación social, y por el contrario, otorgando todo tipo de ventajas al capital externo en cuanto a infraestructura y apoyos fiscales. Para el mundo occidental, ya “ubicado” en el mundo postindustrial de los servicios de la inteligencia, la manufactura se convirtió en un “subsector”, que bien podía ser atendido por las naciones en vías de desarrollo y, por otro lado, abandonado el modelo brettoniano y la responsabilidad del Estado de bienestar, la mayoría de los países occidentales no pudieron resistir la tentación de precarizar la plusvalía asiática; pensando que como en la época del liberalismo desenfrenado de la Primera Revolución Industrial, “esto no tendría consecuencia alguna” y que China, Asia y el resto de los países a precarizar, tan sólo se convertirían en una gran maquiladora global, la cual podría dismantelarse en cualquier momento, o dirigirse desde el mundo postindustrial de la inteligencia. Esto no fue así, y si bien China durante los ochenta y los noventa sostuvo su oferta de mano barata al mundo occidental, desde el primer momento dejó en claro que esa oferta sólo sería un punto de partida mientras se hacía de los recursos para generar su propio desarrollo. Desde la firma del primer contrato de *joint venture* de 1979, China condicionó la entrada de capital extranjero al traspaso de tecnología, y a partir de este momento China dio inicio al mayor proyecto del que se tenga memoria “de expropiación tecnológica” a través de todo tipo de medios y de instancias

¹⁷ Martín, Hans-Peter y Harald, Shumann, *La trampa de la globalización*, México, Taurus, 2005, p. 17.

hasta lograr en la actualidad una asimilación tecnológica de primer mundo escala, y hoy a una etapa de innovación en la que ya está emprendiendo sus propios desarrollos.

El liderazgo de Inglaterra en el siglo XIX nace bajo una explosión de inventos industriales; el de Estados Unidos en el siglo XX se consolida dentro de un proceso de asimilación e innovación de productos tecnológicos industriales. La hegemonía china y la industrialización de Asia del este, a diferencia de los dos ejemplos anteriores, nace de la copia informal y formal de la tecnología industrial de Occidente, en un traspaso que no tiene parangón en la historia de la humanidad. El “desecho” industrial occidental coincidió con la necesidad de China. El descuido y la tolerancia de Occidente sobre la toma y apropiación informal de su acervo tecnológico por parte de Asia del este en general y de China, en particular, sólo rivalizó con su usura y precarización de los activos asiáticos. El nuevo mapa de la manufactura mundial que se genera en esta importante etapa del siglo XX se construye con la toma formal e informal que China y Asia del este realizan del saber tecnológico industrial de Occidente; de igual modo que con la pérdida sectorial que los países occidentales registran con motivo de este cambio.¹⁸

En cuanto al “pragmatismo” asiático, que es otro de los elementos esenciales del “milagro” económico de Asia del este, se ha llevado a cabo a base de un cumplimiento a modo de los compromisos comerciales de posguerra establecidos en el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, 1947) y de la Organización Mundial del Comercio (OMC, 1994). Japón, por ejemplo, desde 1950 mantuvo una política pública permanente de control de su moneda a fin de apoyar sus exportaciones, fomentando al mismo tiempo las restricciones arancelarias formales e informales para detener la compra de productos manufacturados en el extranjero; de igual modo que desplegando un apoyo estatal de subsidios a su industria nacional que le ocasionó innumerables problemas políticos y económicos con Europa y Estados Unidos, estrategia que lo llevó a crecer a tasas superiores al 10% anual promedio de 1950 a 1973 y a ser hoy la tercera economía mundial. Corea, siguiendo este camino japonés de apropiación industrial y compromiso a modo con la normativa del comercio internacional, su despegue lo apuntaló en una participación estatal decidida en forma de créditos blandos a empresas nacionales; imposición de aranceles elevados a las importaciones competitivas; subvaluación de su moneda; barreras técnicas a la im-

¹⁸ Oropeza García, Arturo (coord.), *México frente a la Tercera Revolución Industrial. Cómo relanzar el proyecto industrial de México en el siglo XXI*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2013, pp. 223 y 224.

portación; salarios bajos; ausencia de prestaciones sociales; subvenciones y subsidios a empresas nacionales exportadoras; abastecimiento preferencial de materias primas y equipo para producción de sus empresas nacionales; descuento en tarifas de transporte, puertos y costos de servicios básicos, etcétera; todo lo cual llevó a Corea a crecer un 8% promedio anual en los setenta, y un 9% en los ochenta. China, como ya se indicó, siguiendo el mismo modelo económico “pragmático”, combinado con un socialismo de mercado, de 1979 a 2011 creció a una tasa de 10% anual promedio. Pero lo mismo podría señalarse de Taiwán y de Singapur, y ahora de Viet-Nam o Bangladesh, y de una gran mayoría de países de Asia del este, que a través de la expropiación tecnológica, la participación directa del Estado y el cumplimiento a modo de la normativa comercial internacional, en las últimas cinco décadas han logrado convertirse en la nueva fábrica del mundo, con el 70% del valor manufacturero de los países en desarrollo, en donde China (20%), Japón (11%) y Corea (2.6%) ocupan el primero, tercero y séptimo lugar, respectivamente, de la producción manufacturera del mundo (Marsh, 2012).

El choque, encuentro, competencia, fusión, etcétera, de civilizaciones, es un tema denso, que involucra un sinnúmero de factores, todos relevantes en este momento de debate entre dos órdenes globales de gran importancia; sin embargo, en su vertiente económica, que es una de sus principales competencias, no puede obviarse resaltar el fenómeno atípico de traspaso de riqueza que ha mediado para que esto suceda. En el desplazamiento de Asia del este por Occidente hace cinco siglos, Europa realizó sus conquistas marítimas y militares gracias a su avance preindustrial e industrial, los cuales la dotaron de la superioridad tecnológica para someter a cada una de las naciones asiáticas conquistadas. A diferencia de lo anterior, desde la “salida” de Japón a Occidente durante la dinastía Meiji (1868), hasta la apertura china en términos de economía y comercio en 1979, Asia del este ha puesto todos sus esfuerzos en generar desarrollo a través de una “imitación” tropicalizada del modelo económico occidental. A lo anterior habría que agregar que la apropiación del modelo y de su tecnología de las décadas que van de 1950 a 2013 ha estado significada por el manejo de una estrategia que en diversas velocidades y modalidades, se ha caracterizado por la participación directa del Estado asiático respecto a la conducción de sus diferentes actores económicos, lo cual les ha dado una ventaja permanente durante el periodo respecto a las empresas occidentales y no occidentales, como las latinoamericanas, que se han ceñido a las reglas de un intercambio de comercio internacional regulado por el GATT-OMC.

El debate sistémico Asia del este-Occidente seguirá de manera intensa la primera mitad del siglo XXI, pero Occidente de ninguna manera puede llamarse sorprendido de los importantes resultados económicos que hoy festejan los países asiáticos, y mucho se preocupan los países occidentales.

Esta visión no desestima en ningún momento la meritocracia asiática que se ha tenido que dar para que sucediera este importante auge económico de la región. Resulta evidente que a la fecha los estrategas asiáticos (Yukichi Fukuzawa [Japón]), Deng Xiaoping (China), Lee Kuan Yew (Singapur), Park Chung-Hee (Corea), Zu Ronghi (China), Xian Zeming (China), etcétera, de manera general, han superado en talento y estrategia a los gobernantes occidentales de la época; sin embargo, a pesar de este reconocimiento, la afirmación de que “los asiáticos del este atribuyen su espectacular desarrollo económico, no a la importación de la cultura occidental, sino más bien a la adhesión a su propia cultura; y que están teniendo éxito, porque son diferentes a occidente”;¹⁹ se ubica fuera de una realidad donde por lo menos en el plano económico el renacimiento que vive hoy Asia del este, en mayor medida, es producto de la desindustrialización que emprendieron con gran “entusiasmo” los países occidentales desde el último tercio del siglo pasado.

Para México como para América Latina, que no son considerados técnicamente como países occidentales (Huntington), lo relevante en términos económicos y comerciales de esta competencia entre “civilizaciones”, se desprende de “la complicidad” que han mantenido los grupos económicos de poder de ambas regiones, en el sentido de practicar y permitir una economía comercial que ha sido abiertamente tolerante con subvaluaciones de moneda, subvenciones, participaciones e intervenciones estatales, subsidios, altos niveles de contaminación, protecciones a ultranza de mercados internos, etcétera; mientras que a todos los países latinoamericanos se les ha exigido en el mismo periodo el cumplimiento riguroso de la normativa GATT-OMC, y más aún, como el caso de México, que se ha comprometido con una regulación OMC-Plus, lo cual ha redundado en una ventaja permanente para Asia del este y una práctica de comercio injusto para México y América Latina. Bajo el comprometido interés de la precarización asiática y el máximo lucro por parte de Occidente, la cual prevalece hasta el día de hoy, Europa y Estados Unidos, al mismo tiempo que han precipitado un choque económico de civilizaciones sin ningún pudor, de igual modo han limitado el desarrollo económico de Latinoamérica al orillarla a competir globalmente en un terreno comercial de igualdad que sólo existe en los documentos oficiales de la OMC.

¹⁹ Huntington, Samuel P., *op. cit.*, p. 109.

En este marco de fuerte competencia de civilizaciones, que vive un proceso de innumerables preguntas y pocas respuestas; entre una etapa de franca expansión asiática y cuestionado avance occidental, la participación de México y de los demás países de América Latina no puede dejarse arrastrar de manera inconsciente a una aventura norteamericana de destino incierto, con el pretexto de una “sencilla” invitación a participar en un tratado de libre comercio. La conveniencia técnica o no de cada evaluación nacional debe ir acompañada del marco referencial y posibles consecuencias que se generarán para cada país respecto al compromiso geopolítico que se derive de su posible participación en el TPP. Finalmente, como apunta Huntington, la decadencia de Occidente podría prolongarse en el futuro durante décadas, quizá siglos. También es posible que Occidente experimente un periodo de renacimiento e invierta la tendencia decadente de su influencia en los asuntos mundiales y confirme de nueva su posición como líder al que las demás civilizaciones siguen e imitan,²⁰ porque “la lección primordial de la historia de la civilización es que muchas cosas son probables, pero nada es inevitable”,²¹

Para México y América Latina, en medio de este debate histórico, se abre una magnífica oportunidad para reposicionar sus legítimos intereses bajo una óptica regional.

III. EL TPP: ¿BISAGRA O CONFRONTACIÓN ENTRE CHINA Y ESTADOS UNIDOS?

¿Qué quiere Estados Unidos de Asia del este? ¿Qué pretende en la zona a través del TPP? ¿Cómo va a encarar su competencia frente a China en la región? ¿Cómo va a liderar la posición occidental frente a cinco civilizaciones regionales? ¿Cuál es su posición de fortaleza para lograrlo? Preguntas similares a las del siglo XX, donde se discutía de la lucha de hegemonías entre Gran Bretaña y Estados Unidos, o en el siglo XIX, entre Gran Bretaña y Francia, con la diferencia de que en los siglos anteriores el debate se daba entre hegemonías occidentales, y en este caso la competencia se refiere a potencias occidentales y hegemonías en ascenso del este de Asia.

Estados Unidos dejó en claro su interés por Asia del este desde el siglo XIX, cuando a pesar de la distancia, de sus reacomodos internos, y del despliegue de la estrategia “América para los americanos” (a través de la cual

²⁰ Huntington, Samuel P., *op. cit.*, p. 362.

²¹ *Ibidem*, p. 363.

apuntaló su hegemonía en América Latina), desplegó toda una política de “puertas abiertas”, por medio de la cual mandó el mensaje a las diversas hegemónicas occidentales que se disputaban Asia, que a pesar de las anteriores limitaciones, Estados Unidos mantenía un interés hegemónico en la zona, y que estaba dispuesto a pagar los costos. Con base en esta estrategia, en el siglo XIX participó en las intervenciones militares multinacionales contra China, y en 1900 mandó un contingente de 2,500 soldados para unirse a las potencias europeas (Gran Bretaña, Francia, Holanda, Rusia, Austria, Hungría, Italia y Japón), que “enfrentaron” al país asiático en la rebelión de los boxers;²² de igual modo que encabezó y logró la apertura comercial de Japón en 1852-1854 a través de instancias militares, y ante el triunfo frente a España en 1898, tomó el control de Filipinas en el mismo año. No obstante lo anterior, su presencia en Asia del este durante el siglo XX estuvo llena de sobresaltos, donde muchas de las consecuencias de las decisiones geopolíticas que tomó siguen vigentes, y hoy definen la relación de Estados Unidos con la zona.

De manera relevante, como ya se comentó, destaca en primer término una desafortunada relación con China, a la cual, en el marco de su reacomodo social de 1911 a 1949, no supo diagnosticar adecuadamente; tanto, porque en dicho periodo se dieron los conflictos bélicos más grandes de la historia en el centro de la cultura occidental, como por su limitada interpretación de la idiosincrasia del pueblo chino y su equivocado acercamiento con los movimientos (comunista y nacionalista) que se confrontaban por la supremacía política del país. Esta actitud lo llevó por un lado a tomar distancia de las huestes de Mao, y en 1941, a formalizar un acuerdo con Chiang Kai-chek como aliado en el marco de la Segunda Guerra Mundial. Fairbank comenta al respecto: “La ignorancia y el sentimentalismo norteamericano llegaron a tal punto que el Presidente Roosevelt se imaginó al gobierno nacionalista llenando el vacío de poder que se crearía en Asia Oriental tras la caída de Japón”. Agregando más adelante:

El desastroso irrealismo de la política norteamericana quedó muy bien ilustrado por el emisario especial del presidente Roosevelt, el general Patrick J. Hurley, de Oklahoma, un norteamericano extravagante y simplón que hace recordar a Ronald Reagan. Sus torpes esfuerzos por evitar la guerra civil a través de una mediación dieron paso a la influencia que Chiang Kai-chek ejerció sobre él. El general Hurley se opuso a todo el personal de la embajada al defender la ayuda norteamericana a Chiang contra viento y marea. Para cuando esta llegó, por supuesto, Hurley había desaparecido de esta escena,

²² Crespo MacLennan, Julio, *op. cit.*, pp. 193-201.

pero su política aun era seguida en Washington y provocó que los norteamericanos fueran con razón, alejados de China.²³

Cuando en el siglo XX a Estados Unidos le tocó tomar una posición de liderazgo frente a China, no supo descifrar el árbol frondoso de su identidad, a fin de orientar la relación hacia una posición consecuente con los intereses norteamericanos. Sin embargo, si una oportunidad de control político y económico ha tenido Estados Unidos respecto a China en los últimos setenta años, ha sido en la década de los cuarenta, en la que en una posición de fuerza surgida de su triunfo militar y económico en la Segunda Guerra Mundial tuvo la opción de haber jugado un papel más exitoso. Desde luego, con China, dada su dimensión geográfica, histórica y demográfica de siempre, no caben los absolutos. Al respecto, acota el mismo Fairbank: “La ilusión de que los Estados Unidos habrían podido forjar el destino de China, hace suponer que nosotros los americanos realmente podemos tocar el son, si lo deseamos, aún entre 475 millones de personas en los inaccesibles campos de arroz de un subcontinente situado a 16 mil kilómetros”.²⁴

Para Estados Unidos, China siempre ha sido un país denso, difícil de descifrar. Tanto el presidente Roosevelt como Truman fallaron en la tarea del diagnóstico, negociación y resultados en los momentos previos al conflicto bélico de 1939, durante el mismo y después de su terminación; cuando Estados Unidos era el gran hegemón militar y económico en el mundo, y China, más allá de sus fortalezas históricas, pasaba una etapa de debilitamiento económico y social que no se resolvería bajo un principio de sustentabilidad hasta los ochenta, o sea, cuarenta años después. Este encuentro desafortunado en el siglo XX para Estados Unidos, con una de las principales civilizaciones de Asia del este, lejos de terminarse con el triunfo de la corriente comunista de Mao Zedong en 1949, tuvo un escalamiento a través del problemático conflicto de la división de Corea al término guerra, lo cual volvió a enfrentar a los dos países en una lucha por el control de la zona. Ante la invasión de Corea del norte a Corea del sur en 1950, Estados Unidos y un ejército de la ya establecida Organización de las Naciones Unidas (ONU) contraatacó y replegó a los ejércitos enemigos hasta la frontera norte con China, donde nuevamente frente a la duda de qué hacer con el gigante asiático; mientras el presidente Truman y el general Mc Arthur acordaban los alcances del traspaso del paralelo 38

²³ Fairbank King John, *China, una nueva historia*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1996, pp. 394-396.

²⁴ Morison, Samuel Eliot, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, FCE, 1993, p. 806.

Masas de soldados de la China roja estaban penetrando a través de “Yalú” en Corea. En la noche del 25 de noviembre, los “voluntarios” de Mao desencadenaron un feroz asalto. Tres días después, Mc Arthur escribió un aterrador comunicado: “Nos enfrentamos a una guerra enteramente nueva”. Un ejército de más de un cuarto de millón de chinos hizo salir a las tropas de Mc Arthur del territorio que habían conquistado en Corea del Norte y las hizo retroceder a través del paralelo 38.²⁵

Con la mayor tecnología militar y casi el 50% del PIB mundial, Estados Unidos no supo administrar ni negociar con China en los momentos cruciales de mitad del siglo XX, perdiendo la partida tanto en territorio chino (en 1945, Estados Unidos llegó a tener 53 mil soldados en China del Norte) como en su confrontación contra Corea del Norte. Al respecto, cabe recordar que sólo cinco años antes, apenas el 6 de agosto de 1945, Estados Unidos había hecho estallar la primera bomba atómica en Hiroshima, precipitando la rendición incondicional de Japón y desmantelando todos sus activos militares, dentro de los que liberó las posiciones tomadas a China desde 1895, entre las que se encontraba buena parte del noreste chino, el cual fue recuperado rápidamente por el ejército de Mao. Las decisiones tomadas por Estados Unidos en Asia del este, en ese momento histórico de mediados del siglo pasado, que involucraron a Japón, China, Taiwán, Corea y Rusia, resultan fundamentales para entender una realidad geopolítica que hasta el día de hoy se sigue dibujando a la luz de las consecuencias de dichas decisiones. A los trabajos fallidos en Asia del este por parte de Estados Unidos en el siglo pasado debe agregarse de manera relevante su incomprensible y desastrosa guerra con Viet-Nam, sobre la cual también puede decirse que giró alrededor de su incomprensión de la zona y del tema chino. Partiendo de una herencia francesa (1954), o de una gran equivocación de apoyar a Francia con las guerrillas comunistas de la zona de Indochina, Estados Unidos se quedó como el principal responsable de “detener” el avance comunista en la región, dentro de una conflagración que todavía no deja en claro los beneficios que se pretendían, pero que a todos los actores, directos e indirectos de la zona, les heredó una profunda huella sobre la peor cara del imperio norteamericano. La guerra de supuesta baja intensidad se incrementó y se alargó dolorosamente en el tiempo, donde, como dice Howard Zinn, “de 1964 a 1972, la nación más poderosa en la historia del mundo realizó su máximo esfuerzo militar, incluyendo todo tipo de armas, con excepción de bombas atómicas, para derrotar al movimiento nacionalista revolucionario

²⁵ *Ibidem*, p. 810.

de un diminuto país de campesinos, y fracasó”.²⁶ El fuego cesó diecinueve años después de sus primeros antecedentes (1954-1973), cuando en marzo de 1973 salieron los últimos contingentes norteamericanos de Viet-Nam, dejando un enorme costo tras de sí: “La guerra había costado 57 mil vidas norteamericanas y más de 300 mil heridos; había causado más de un millón de bajas a los asiáticos, absorbido miles de millones de dólares y causado incalculables daños a la sociedad norteamericana y a la eficacia de los Estados Unidos en asuntos mundiales”.²⁷

Estados Unidos no ha podido revertir a la fecha la atmósfera política surgida en el siglo XX. Con China mantiene una relación distante, cautelosa, de reivindicación vigorosa por parte de China, y de duda constante por parte de Estados Unidos, la cual ha transitado de una posición “cautelosa” por parte de China durante su crisis económica y social de 1950 a 2000, a una franca competencia a partir de su “renacimiento económico” (2000-2013). En cuanto a Taiwán, un tema inconcluso de la participación norteamericana antes de 1949, se mueve en una posición cada vez más incómoda para cada uno de sus participantes: para el propio Taiwán, porque sabe que el PIB chino, once veces más grande que el suyo, además de ser una barrera insalvable, es una motivación para allegarse de una integración más ventajosa; para China, porque su empoderamiento le avisa que el regreso de la isla es sólo una cuestión de tiempo, y que día a día avanza en la toma de la economía y del comercio de Taiwán; para Estados Unidos, porque la defensa de la antigua Formosa se ha convertido en un tema cada vez más incómodo y costoso para los intereses norteamericanos, aunque desde luego, la isla seguirá siendo una ficha de cambio en el tablero de ajedrez en que se ha convertido Asia del este. En el caso de Corea, Estados Unidos todavía acusa los efectos de una estrategia equivocada que tomó en los cincuenta ante la amenaza pública y permanente de una Corea del norte que sólo habla con China, y que mantiene una posición de jaque permanente que incomoda a Estados Unidos y lo limita para la toma de otras alternativas. La gemela Corea del sur, si bien sigue amparada en el manto protector que le ofreció Estados Unidos en su enfrentamiento con el norte, poco a poco sus intereses se han ido trasladando a China, la cual se ha convertido en su socio comercial más importante, donde Corea es el quinto inversionista a través de la instalación de más de diez mil compañías coreanas en territorio mandarín y con el mayor número de estudiantes extranjeros en China. En

²⁶ Zinn, Howard, *A people's History of the United States*, Perennial Classics, 2003, p. 469 (traducción libre).

²⁷ Morison, Samuel Eliot *et al.*, *op. cit.*, p. 889.

cuanto a Japón, la relación de tres puntas (Beijing, Tokio, Washington) ha escalado su punto más relevante, y la geopolítica de la zona y fuera de ella mantiene su mayor atención sobre el desdoblamiento que seguirá cada una de las partes, el cual estará marcando la ruta de la primera parte del siglo XXI en la zona y en el mundo. Japón, como sabemos, “huyó” de Asia desde el siglo XIX y se asimiló al modelo ganador occidental en sus diferentes vertientes, con tal éxito, que en poco tiempo se convirtió en una potencia industrial, que lo llevó a ser una potencia militar, y, junto con Alemania e Italia, intentar en 1939 la aventura de redistribuir el mundo. A partir de la posguerra, los últimos sesenta años, Japón ha orbitado alrededor de Estados Unidos, como parte de los costos de su derrota y de sus compromisos de posguerra, así como de la conveniencia de no cargar con distracciones presupuestales de un gasto militar que con base en el Tratado de Seguridad Mutua (TSM) que tiene firmado con Estados Unidos, el país norteamericano mantiene una base militar estratégica en Japón. También lo hace porque en el marco de los acuerdos de su capitulación, Estados Unidos lo orilló a comprometerse constitucionalmente a que “el pueblo japonés renunciará para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación”.²⁸ Sin embargo, ante el vertiginoso avance chino, Japón ha dejado de ser el poder económico de la zona, con el agravante de que desde 1945 nunca ha sido el poder militar, lo cual mina su posición justo en el centro de su estructura, porque ni Japón ni Estados Unidos se prepararon para llegar a este momento, en el que Japón, al pasar al tercer lugar de la economía mundial, y China, en pocos años, muy probablemente al primero, el país nipón tendrá que recomponer el “cómodo” camino, porque el que había transitado de ser el líder económico de Asia del este y socio estratégico del poder militar más importante del mundo, para contestarse ¿de qué manera va a articular su posición económica regional en el siglo XXI?; ¿cómo va a estructurar su relación geopolítica con China?, y, en consecuencia ¿cómo va a renegociar su relación de más de medio siglo con Estados Unidos?; dilemas todos de respuestas no fáciles, porque tanto China como la nación norteamericana lo estarán presionando para alinearlos a sus propias posiciones; que visto el manejo de fichas de ambos contendientes, hoy no parecen conciliables. China, por su lado, desde 2004 viene presionando a Japón para que formalice un acuerdo de libre comercio con los diez países de la Asean y Corea del Sur, para formar el bloque económico llamado Asean +3, el cual representaría el 21% del PIB mundial y 30% de la población total del mundo (año 2009, CEPAL); sin embargo, a pesar de que Japón ya formalizó su esquema de

²⁸ *Ibidem*, p. 808.

alianza comercial Asean +1; hasta la fecha, sin negarse, sigue reportando el estatus del proyecto en “estudio de factibilidad”, con lo cual ha venido retrasando su integración formal con China. Estados Unidos, por su parte, también presiona fuertemente a Japón para que se integre al Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica, contraoferta de Asean +3, a fin de fortalecer su bloque regional en Asia del este, lo cual aparentemente lo ha conseguido al asistir Japón, por primera ocasión, a las reuniones preparatorias del TPP en Malasia, celebradas en julio de 2013. Japón, convertido en la joya de la corona, con su decisión estará ayudando a definir al ganador del primer round de esta contienda. Rosales comenta:

La firma del tratado de libre comercio entre los Estados Unidos y la República de Corea incentiva al Japón a retomar las negociaciones suspendidas sobre un tratado similar con la República de Corea y a avanzar hacia un eventual acuerdo en el ámbito del Acuerdo Estratégico de Asociación Económica. Si se logra progresos sustantivos hacia la concreción de estas iniciativas transpacíficas entre los grandes actores, se alteraría el equilibrio de poder económico y comercial no solo entre China y el Japón en la esfera de Asia y el Pacífico, sino también entre China y los Estados Unidos, y cambiaría sustancialmente el panorama de integración de Asia y al Pacífico. Si el Japón optará por participar en las negociaciones del Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica, se afectaría mucho la posibilidad de lograr un acuerdo comercial entre los tres países principales de Asia.²⁹

A partir de la aceptación inicial de Japón en integrarse al TPP al acudir a Malasia, se está construyendo por Estados Unidos, después de una larga deriva, un principio de estrategia para competir a China en el terreno económico-comercial. No obstante la importancia y trascendencia de la integración de Japón a las negociaciones TPP, vale la pena seguir de cerca el desenlace de este encuentro y no perder de vista el comentario de Huntington, que advierte que:

Idealmente, los líderes y el pueblo japoneses preferirían sin duda el régimen de las últimas décadas y permanecer bajo el brazo protector de unos Estados Unidos predominantes. Sin embargo, a medida que la implicación de los E.U. en Asia decrezca, las fuerzas que en Japón instan hacia la “reasiatización” de Japón ganarán en fuerza, y los japoneses llegarán a aceptar como inevitable el renovado dominio de China en la escena del este asiático.³⁰

²⁹ Rosales, Osvaldo y Kuwayama, Mikio, *China y América Latina y el Caribe*, Santiago, CEPAL, 2012, p. 199.

³⁰ Huntington, Samuel P., *op. cit.*, p. 283.

La inercia nos devuelve una de las preguntas iniciales. ¿Qué pretende Estados Unidos a través del liderazgo y promoción del TPP en el patio central de China, sin China? Como ya se estableció, la respuesta tiene múltiples opciones. A continuación intentaremos algunas aproximaciones:

Primera. Desde 1999 a la fecha, el saldo comercial de Estados Unidos con China ha sido deficitario, registrando trece años de pérdidas continuas, con saldos negativos anuales que a partir de 2005 superaron los 200 mil millones de dólares. De 2005 a 2010, la pérdida comercial acumulada de Estados Unidos fue de 740 mil millones de dólares. Sin embargo, en esta marcada tendencia de pérdidas no sólo está Estados Unidos, sino que participa todo Occidente, donde la Unión Europea en el mismo periodo registró un déficit comercial con China de 575 mil millones de dólares. No obstante, las pérdidas comerciales de Occidente con China, en las cuales participa México en importante medida (56 mil millones de dólares, en 2012), no obedecen a un principio clásico de competitividad con el que China haya superado a Europa y a Estados Unidos; de hecho, en el *ranking* mundial de competitividad, China sigue apareciendo significativamente arriba de los puestos logrados por la U.E y Estados Unidos (6o. lugar Alemania, 10o. lugar Inglaterra, 15o. lugar Estados Unidos y 26o. lugar China, *The Global Competitiveness Report (2012-2013)*), por lo que las ventajas con las que China ha venido dominando el mercado mundial de bienes no ha sido bajo el parámetro de las “virtudes” competitivas que marcan la OCDE, el FMI o el BM; ni con las reglas a la facilitación al comercio que mide el World Economic Forum (2012), donde los países occidentales siguen teniendo mejores posiciones que China (13o. lugar Alemania, 19o. lugar Estados Unidos, 48o. lugar China, etcétera); ni mucho menos en la red “estratégica” de acuerdos de libre comercio que China hubiera tejido con el mundo, en la que también encontramos que a 2011 China registraba un coeficiente de cobertura del 11% (CEPAL, 2012), o sea, que el 89% de sus exportaciones carecían de las ventajas arancelarias y comerciales que brindan los países con los que se firman dichos acuerdos. Derivado de lo anterior, la pregunta obligada es si China no es tan “competitiva” como Occidente, ni brinda las mejores facilidades al comercio exterior como Occidente; ni tiene tantos TLC firmados como Occidente; peor aún, si es el alumno al que más se le llama la atención por parte de la OMC por infringir las reglas del comercio internacional (en los últimos quince años se iniciaron contra China más de 825 casos de investigación en materia *dumping*, siendo el país más denunciado OMC, 2011), ¿por que su comercio ha avasallado a Occidente por más de treinta años? La respuesta la conoce Occidente muy bien, y sabe que tanto en el éxito de China como ahora de la región de Asia del este y

antes, Japón, Occidente ha sido “socio” de una deslocalización industrial de Europa y Estados Unidos hacia Asia del este, en una estrategia que ha sido liderada principalmente por una exacerbación del lucro (*low cost*) a costa de los salarios y la seguridad social de los trabajadores asiáticos, y ahora del mundo entero. La desindustrialización occidental y la industrialización de Asia del este son fenómenos “espejo”, que no se han producido, con base en la competitividad o en la innovación; por lo menos hasta la fecha, su razón fundamental ha sido el traspaso tecnológico, financiero e industrial, que se produjo en la segunda mitad del siglo XX y perdura hasta nuestros días, en el cual todavía a 2006 las empresas de capital extranjero norteamericano en China representaban el 26%, y las europeas el 18%; con una inversión extranjera (IED) del 13% entre Estados Unidos y la U.E. (CEPAL, 2012).

Hoy, la realidad se ha transformado, y la astucia, el talento y la capacidad de trabajo asiático ha llevado a la más grande maquiladora del mundo a ser la mayor fábrica del mundo; una transformación con la que no contaba Occidente, y que se le ha salido del libreto; por eso no sabe qué hacer con ella. Si la apuesta de Estados Unidos para revertir esta realidad es el Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica, es como querer matar un dragón con una resortera.

Una de las razones principales del problema económico entre Estados Unidos y China, entre Occidente y Asia del este, es estructural, y su solución pasa en primer término por una nivelación del piso normativo que “rige” el intercambio comercial del mundo, el cual no puede seguir siendo una simulación para unos (una mayoría importante de los países de Occidente y Asia del este) y una camisa de fuerza para otros (dentro de los que se encuentran México y una buena parte de los países latinoamericanos). La grosera diferenciación que priva en el tema agrícola por parte de Occidente no puede sostenerse más; y la violación reiterada de la normativa OMC de parte de China y Asia del este no puede continuarse tampoco. Pretender ampliar los privilegios en materia de servicios por parte de Estados Unidos en el marco de esta disyuntiva que tiene congelada a la Ronda Doha desde 2001, es una falta de sensibilidad y sentido del futuro hacia el logro de un intercambio comercial más armonioso y justo en el siglo XXI. Mientras Estados Unidos, junto con Europa, sigan sin encauzar una propuesta de fondo que recomponga estas desviaciones estructurales del comercio internacional, China y Asia del este seguirán poniendo oídos sordos a un llamado que por nacer viciado sienten que no los obliga, y, por el contrario, justifica su actuación “pragmática” de desplegar la estrategia económica del “gato”, en la que según el proverbio chino no importa si es blanco o negro (socialista o capitalista), lo que importa es que cace ratones.

Segunda. Como se comentó, Estados Unidos siempre ha tenido intereses en la región de Asia del este, y a pesar de sus grandes fallos, su presencia en el siglo XX fue hegemónica en la zona ante las grandes debilidades sociales y económicas de China e India y su arreglo político con Japón, a pesar de sus fuertes desacuerdos de los ochenta y noventa. Sin embargo, ante el resurgimiento económico de la región y el notable éxito de China, la zona se ha puesto nerviosa, y hoy se debate en tratar de vislumbrar qué país tiene más futuro y en quién va a depositar las fichas de sus lealtades e intereses. ¿Es a través del TPP como Estados Unidos intenta colocar un caballo de Troya en la región, a fin de disminuir el ascendente poder de China?; o ¿verdaderamente cree que por medio de esta oferta desfasada de libre comercio puede construir una bisagra entre regiones o ganarse la simpatía y la alianza de las economías de la región y mantener su papel hegemónico? Por lo pronto, Oksenberg comenta: “A los líderes asiáticos les preocupa que el equilibrio de poder pueda cambiar a favor de China, pero en una inquieta anticipación del futuro, no quieren enfrentarse a Pekin ahora”, y “No se unirán a los Estados Unidos en una cruzada antichina”.³¹

En 1993, en un mundo prechino y en el marco del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), el presidente Clinton declaraba que había llegado el momento para que los Estados Unidos y Japón crearan una nueva comunidad del Pacífico. A cuatro años del fin de la historia (1989-1993), y en un mundo aún de certezas, Estados Unidos estimaba que la región de Asia del este podía seguir administrándose con la ayuda de la potencia económica regional del momento: Japón; y a través de una propuesta de integración económica que en 1989 había puesto a andar junto con Australia (APEC). La propuesta de cooperación para convertirse en una amplia zona de libre comercio compuesta por 21 países, de los cuales dieciséis correspondían a la zona de Asia del este, era una apuesta de amplio aliento, que cubría al 90% de los países de la zona y se encaminaba a comprometer a las partes con la normativa internacional vigente. Después de veinte años, la visión de una APEC exitosa comandada por Estados Unidos se ha ido diluyendo años tras año ante el 10% de incremento anual promedio del PIB chino, el cual tampoco facilitó las cosas para institucionalizar una figura de posicionamiento americano; mientras tanto China caminaba lentamente hacia una integración OMC en 2001, navegando con los mayores privilegios en el mercado internacional con la cláusula de la nación más favorecida. En ese entonces China no necesitaba una APEC, y Estados Unidos no invirtió el capital político suficiente para que esto ocurriera. Nue-

³¹ *Ibidem*, p. 282.

vamente, la falta de atención de Estados Unidos por la zona y su reiterada equivocación en identificar la naturaleza y los intereses chinos desembocaron a la fecha en esquemas informales de APEC, que mucho comunican y poco comprometen a sus integrantes. Ante este fracaso de no avanzar en la institucionalización normativa de la APEC, con un nuevo presidente norteamericano, Obama, y casi un cuarto de siglo después (1989-2013), Estados Unidos cambia su centro “estratégico” de negociación en Asia del este de una ambiciosa propuesta APEC, por una modesta propuesta TPP, que cubre solamente el 38% de los países de Asia del este (7), y que en cuanto a su valor asiático es muy inferior a APEC.

APEC-TPP (VALORES ASIÁTICOS, 2011)
CUADRO COMPARATIVO

	<i>APEC</i>	<i>TPP</i>
Países asiáticos	16	7
Población (millones de personas)	2,243	280
PIB (billones de dólares)	20	8.0
Comercio total (billones de dólares)	11	3.6

FUENTE: World Bank, Comtrade, World Fact Book.

¿Del tamaño del TPP es ahora el posicionamiento norteamericano?, ¿no le alcanza para más su deslavado poder económico?, ¿o es que sólo a través de siete países del área podría Estados Unidos maniobrar su estrategia frente a China? En cuanto a los países asiáticos del TPP con mayor valor económico fuera de Australia y Japón, que son Malasia (287 mil millones de dólares) y Singapur (239 mil millones de dólares) el primero cuenta con un 25% de población de origen chino, y el segundo con un 76%, lo cual de salida les da una orientación motivada por el origen y la historia. Respecto a Malasia, China en 2010 fue su segundo socio comercial con el 29% de sus exportaciones y el 15% de sus importaciones. Para Singapur, por su lado, fue su tercer socio comercial (10%); aunque Hong Kong resultó el segundo con el 12%, para un total del 22%. En lo que respecta a Viet-Nam, que es el país asiático más incómodo para China por su conflicto militar de 1979, si bien en materia de exportaciones Estados Unidos sigue siendo su principal destino (20%), en lo que toca a importaciones China ya ocupa el primer lugar con el 30%. Brunei, el país más modesto de las seis naciones asiáticas TPP, cuenta con apenas medio millón de habitantes y un comercio de once

mil millones de dólares (World Bank, Comtrade, World Factbook, 2011), y está totalmente orientado a China. Finalmente, en lo que corresponde a los dos países asiáticos de origen occidental, Australia y Nueva Zelanda, la geopolítica de siglo XXI los ha dejado encapsulados en un limbo, en el que su comercio y su economía están siendo determinados por la región Asia-Pacífico [en lo que corresponde a Australia, sus exportaciones en 2009 se dirigieron a China (25%), Japón (19%), Corea (9%), Estados Unidos (4%), y sus importaciones China (19%), Estados Unidos (11%), Japón (9%), Tailandia (5%), etcétera], y ya desde 2002, cuando Estados Unidos le pidió su apoyo a Australia en su litigio con China por Taiwán, el primer ministro Malcolm Fraser defendió la neutralidad del país a pesar de la firma del Tratado de Defensa que tienen firmado con Estados Unidos.³²

Pretender, como parece, enfrentar o detener el auge económico chino a través de un acuerdo tan limitado como el TPP, es olvidar a Kissinger cuando dice que “No es probable que triunfe un proyecto explícito de Estados Unidos con el objetivo de organizar Asia sobre la base de frenar a China o crear un bloque de estado democráticos para una campaña ideológica, y en parte es porque China se ha convertido en un socio comercial indispensable para la mayoría de sus vecinos”.³³

A la propuesta TPP no ha sido invitado China, pero no cabe duda que China ya está dentro de él demográficamente, históricamente, económicamente y comercialmente; más aún, a través de una gran campaña de promoción geopolítica que China ha desplegado con la mayoría de los países de Asia del este a través de becas de estudiantes, préstamos, y el importante poder de sus nuevas importaciones, el país asiático está reconstruyendo apresuradamente el sinocentrismo anterior al siglo XIX.

Tercera. Pareciera que la confrontación de Estados Unidos con China, en el terreno económico, arranca demasiado tarde, y una larga cadena de acciones y omisiones hoy colocan a la nueva potencia asiática por lo menos al nivel de Estados Unidos; ya no importa si el PIB se rebasará antes de 2020 o no; es un hecho que la transformación más importante de China ha quedado concluida, que al igual que Japón en los setenta, ha pasado de ser un país maquilador a un país transformador con motor propio, y los demás actores tendrán que rehacer sus estrategias para administrar una nueva realidad para la que nadie se preparó, salvo China. Por ello, la propuesta de un TLC que sigue la vieja ruta hegemónica del siglo XX, sin mayor imaginación que pretender perpetuar torpemente los intereses en el sector de servicios de las

³² Shambaugh, David (ed.), *Power Shift*, Berkeley, Universidad de California, 2005, p. 321.

³³ Kissinger, Henry, *China*, México, Debate, 2012, p. 539.

empresas norteamericanas, no va a alcanzar a Estados Unidos para integrar solidariamente a siete naciones que por historia, origen, geografía o interés, lo menos que quieren es tener una confrontación con China. “La experiencia histórica demuestra sin lugar a dudas que —señala Huntington— en los años noventa, cada país del este asiático tenía ya la sensación de que, en cuestiones relativas al conjunto del Pacífico, tenía mucho más en común con otros países de su misma región que con Estados Unidos”.³⁴

De manera especial, de nada servirá la firma de un TLC Transpacífico si no se nivela, como ya se comentó antes, el terreno de la competencia comercial para todos los participantes. En el marco de esta inequidad practicada por Occidente y Asia del este (en la que México y América Latina quedan en medio), a Estados Unidos y a Europa ya les debería quedar claro que de creerse ganadores les ha tocado la peor parte de esta inequidad, por lo menos en las últimas tres décadas, en las cuales se reconstruyó la economía asiática y se cimbró la economía de Occidente. Por ello, debería aceptarse que repetir las viejas recetas para nuevos problemas sólo es continuar en una ruta que sigue el destino del proverbio chino, que señala que “si seguimos por donde vamos, seguramente llegaremos a donde nos dirigimos”, el cual es el predominio del sinocentrismo en el mundo económico y geopolítico, respecto de lo cual lo único reclamable es que en su camino al desarrollo no esté cumpliendo con los compromisos multilaterales establecidos; o pase sobre los intereses comerciales de otros países, como desde luego también lo ha hecho Occidente los últimos quinientos años.

Los países americanos, como México, Chile, Perú y, en menor medida Canadá, que con tanto “entusiasmo” han tomado la invitación a esta aventura comercial por el Pacífico, deberían revisar con todo cuidado la letra pequeña de un compromiso que se niega a recomponer las prerrogativas que tanto Occidente como Asia del este han venido ejerciendo los últimos años y, que, por el contrario, los deja en medio de una confrontación en la que expresa o tácitamente estarían tomando partido. De no cambiarse estos puntos de arranque, la “aventura” acabará en el tiempo con más saldos negativos que positivos.

Para Estados Unidos todavía hay tiempo para recomponer su estrategia integral en Asia del este. Los problemas de futuro económico y de sensibilidades históricas con la región no le pertenecen de manera exclusiva; China también tiene en el tiempo el reto de validar el éxito económico de lo que ha logrado hasta hoy, y las preocupaciones en la zona sobre su nuevo papel hegemónico estarán a flor de piel por lo menos con India, Rusia, Japón,

³⁴ Huntington, Samuel P., *op. cit.*, p. 272 y 273.

Viet-Nam, etcétera, con los cuales en el pasado ya ha tenido problemas “bélicos”. Dentro de la posible recomposición de la estrategia norteamericana deberá revisar otra vez si las fichas que tiene le alcanzan para sostener una confrontación directa con China a través del TPP; o en un plano más objetivo, pondera la posible invitación a China para que participe en dicho tratado, la cual ya ha manifestado su interés de ser parte del TPP. Una normativa comercial más justa; un cumplimiento más comprometido de China (Asia del este) y Estados Unidos (Occidente) con la regulación del intercambio mundial de bienes y servicios, sería una buena noticia para un mundo económico que estará luchando por su reacomodo y sobrevivencia a lo largo del siglo XXI.

IV. BIBLOGRAFÍA

- CRESPO MAC LENNAN, Julio, *Imperios. Auge y declive de Europa en el mundo, 1492-2012*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.
- FAIRBANK KING, John, *China, una nueva historia*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1996.
- FERGUSON, Niall, *Civilización: Occidente y el resto*, España, Debate, 2012.
- GLUCKSMANN, André, *Occidente contra Occidente*, México, Taurus, 2004.
- HUNTINGTON, Samuel P., *El choque de civilizaciones*, Barcelona, Paidós, 2001.
- KISSINGER, Henry, *China-México*, España, Debate, 2012.
- MAHBUBANI, Kishore, *¿Pueden pensar los asiáticos?*, México, Siglo XXI, 2002.
- MANDELBAUM, Jean y HABER, Daniel, *China, la trampa de la globalización*, España, Urbano Tendencias, 2005.
- MARTIN, Hans-Peter y HARALD, Shumann, *La trampa de la globalización*, México, Taurus, 2005.
- MISHRA, Pankaj, *From the Ruins of Empire: the intellectuals who remade Asia*, New York, Farrar, Straus and Giroux, 2012.
- MORISON, Samuel Eliot *et al.*, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, FCE, 1993.
- ONTIVEROS, Emilio y GUILLÉN F., Mauro, *Una nueva época. Los grandes retos del siglo XXI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.
- OROPEZA GARCÍA, Arturo (coord.), *México frente a la Tercera Revolución Industrial. Cómo relanzar el proyecto industrial de México en el siglo XXI*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2013.

——— *México-China. Culturas y Sistemas Jurídicos Comparados*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2008.

ROSALES, O. y FUYUWAMA, M., *China y América Latina y el Caribe*, Santiago, CEPAL, 2012.

SHAMBAUGH, David (ed.), *Power Shift*, Berkley, Universidad de California, 2005.

ZINN, Howard, *A people's History of the United States*, New York, Perennial Classics, 2003.